

www.alfaguara.com
Empieza a leer... El último cuaderno

JOSÉ SARAMAGO

EL ÚLTIMO CUADERNO

TEXTOS ESCRITOS PARA EL BLOG.
MARZO DE 2009 – JUNIO DE 2010
PRÓLOGO DE UMBERTO ECO

TRADUCCIÓN DE PILAR DEL RÍO



ALFAGUARA



Un regalo inesperado

El 18 de junio de 2009, un año antes del día que iba a morir, José Saramago anotó en este que sería su último cuaderno:

«Hace más de treinta años escribí: Castelo Novo es una de las más conmovedoras memorias del viajero. Tal vez un día vuelva, tal vez no vuelva nunca, tal vez evite volver, porque hay experiencias que no se repiten. El viajero no volverá a hablar de la hora, de la luz, de la atmósfera húmeda. Pide sólo que nada de esto sea olvidado mientras por las empinadas calles sube. Queden, pues, la luz y la hora ahí paradas, en el tiempo y en el cielo.»

Y se pararon, sí, la luz y la hora, justo un año después de aquel viaje en que José Saramago leyó estas palabras para el grupo de amigos que le acompañaba y todos supimos entonces, con la experiencia de nuestras propias vidas, que no volveríamos a sentarnos en las escalinatas de la fuente de Castelo Novo, que oír la voz entrecortada por la emoción del escritor viajero era un privilegio que no se repetiría nunca más. José Sa-

ramago recorría su país, el que describió en el formidable libro *Viaje a Portugal*, pues en su último tiempo se empeñó en iniciar una ruta nueva, El Camino de Salomón, para respirar una vez más aires conocidos y decir adiós a los paisajes que antes había iluminado. Así son las despedidas de los hombres que saben que han nacido de la tierra y que a la tierra vuelven, pero abrazados a ella, con esa especie de inmortalidad que ofrece el suelo del que nos levantamos cada día, con nuevas experiencias incorporadas. Las de quienes son suelo y tierra, nuestro sustento, tal vez nuestra alma.

El último cuaderno de Saramago no es un libro triste. Tampoco contiene tanta indignación como Umberto Eco dice en su prólogo, escrito para los primeros textos y del que Saramago se hace eco en un juego insólito protagonizado por dos opinantes sin remedio, que no sólo no nacieron mudos sino que con el pasar del tiempo encontraron muchas palabras para decirnos a todos unas cuantas verdades. Qué suerte tenemos de poder leerlos. No es éste un libro triste, digo, no es un libro tronante, es, simplemente, una despedida. Por eso, José Saramago, pese a estar atento a la anécdota del día o al suceso terrible, pese a usar el humor y la ironía y emplearse a fondo en la compasión, busca también en sus archivos y rescata textos dormidos que son actuales y nos los deja como regalos inesperados, no como un testamento, simplemente ofrendas íntimas que desvelan pasiones y sueños. Pessoa, por ejemplo. Con trazos poéticos pinta el

retrato que de sí mismo haría el autor del *Libro del desasosiego*, o nos acerca al mundo de Kafka, o a la inevitable tristeza de Charlot, o nos describe la soberbia aventura de coronar la cima de la Montaña Blanca, en Lanzarote, un Everest para quien sale de casa con calzado inadecuado, al caer la tarde, sin linterna, mascarilla de oxígeno, sin un mísero bastón para apoyarse en la bajada, seiscientos metros, una nadería para un alpinista en la flor de la edad, una proeza a los setenta años.

Y sigue Saramago contando el lenguaje de los ríos, de las aguas que bajan tumultuosas en el río Castril o las mansas de su aldea, Azinhaga, y se enfrenta no una, sino muchas veces con la cosa Berlusconi, esa cosa, sí, habrá que repetirlo porque ahí sigue; se complace en escritores de su idioma, Agustina Bessa-Luís, Aquilino Riveiro, Raul Brandão, o en Gabo, no hay que decir el apellido del colombiano y mexicano, como lo presentó Carlos Fuentes una noche en México y luego de Saramago dijo que era portugués y mexicano, y fue la definición más hermosa y más real, tantas patrias como hombres tiene la tierra, todos semejantes unos a otros, como se vio en aquel acto de celebración de la literatura en una región que fue transparente y hoy, ay, no lo es, pese a la expresa voluntad de los mejores. También José Saramago se complace escribiendo sobre Galeano o Maria João Pires, y se indigna, sí, ahí se indigna, cuando ve África desde su ventana y no puede arrullar al continente que otros han depredado y lo siguen haciendo, porque codicia es lo que más hay en la

tierra, no paisaje, como erróneamente escribió hace años. En este cuaderno último dice que la muerte es negra en África pero las armas que matan son blancas, tal vez la muerte de hambre también sea blanca, quién sabe, si no vamos al lugar en el que están los que mueren, no vemos a los que matan o mandan matar, estamos enzarzados en disputas domésticas mientras el lobo se come todos los corderos. Y Dios, las religiones, estas humanísimas invenciones, son otro asunto en el que entra Saramago, ateo confeso, que ser agnóstico le parece como ser del partido de en medio, una forma de estar y no estar, y desde su militante ateísmo le propone a las dos grandes confesiones monoteístas que se inventen un tercer Dios, no el del Cristianismo ni el del Islam, un Dios ecuménico que pueda ser adorado por unos y otros y así se acaben las guerras de religión y se ponga fin a la terrible función de esos niños vestidos de negro que las familias entregan para que otros los adiestren y sean mártires. Esto ocurre en Yemen y los niños son como nuestros hijos, miran igual, ansían tener un cochecito con ruedas con el que jugar ladera abajo. Tal vez mañana uno de ellos muera matando en nombre de Dios, pero Saramago no estará para escribir el epitafio, no el del niño, del que no nos llegará el nombre ni el color de sus ojos, sino el epitafio por las iglesias que siguen azuzando los instintos en vez de la razón que nos hace pensar, sublevarnos y quizá ser libres para decir no a las impostaciones. «No» es la palabra preferida del escritor que nos acompañará unas líneas más adelante, tengan un poco de paciencia.

Éste es un libro de vida, un tesoro, un Saramago que nos habla al oído para decirnos que el problema no es la justicia, sino los jueces que la administran en el mundo, sea en Guatemala, en España o en Estados Unidos. Que defiende a Garzón con la misma fuerza con que se pone al lado de las víctimas, las de África, ya mencionadas, las que en España se quedaron en cunetas tras una guerra que ellos no declararon y nadie, setenta años después, había vindicado hasta que llegaron nietos intrépidos y encontraron a un juez que los oyó y todos, por ese hecho, nos pusimos a hablar e incluso a decir disparates, como si enterrar a los muertos no fuera obligación humana, sólo mandamiento divino para los que se dicen elegidos. A veces Saramago se deja ir en sueños, recupera árboles con Jean Giono, o películas que son la sal de la tierra, o le dice a Almodóvar que con *Volter* roza la belleza absoluta pero le pone deberes, le señala que tendrá que traducir a imágenes la gran película de la muerte, él que hizo la descripción de una forma de vivir Madrid, tan célebre. O escribe las más bellas palabras de amor en una carta que María Magdalena le dirige a Jesús:

«Y cuando, algunos días después, Jesús fue a reunirse con los discípulos, yo, que caminaba a su lado, le dije: “Miraré tu sombra si no quieres que te mire a ti”, y él me respondió: “Quiero estar donde esté mi sombra, si es allí donde van a estar tus ojos”. Nos amábamos y decíamos palabras como éstas, no porque fueran bellas y verdaderas, si es posible que sean una cosa y otra al mismo tiempo, sino porque pre-

sentíamos que el tiempo de las sombras estaba llegando y era preciso que comenzásemos a acostumbrarnos, todavía juntos, a la oscuridad de la ausencia definitiva.»

Este último cuaderno no abarca un año. De pronto sintió que le quedaban dos libros por escribir y se empeñó en ellos las veinticuatro horas del día. En uno que lleva por título *Caín* se enfrenta al Dios de la Biblia, le confronta con las muertes que provoca, desde Abel hasta los niños de Sodoma y Gomorra, también calcinados por pecados —«¿qué es eso del pecado?» se ha preguntado insistentemente Saramago— que ellos, los niños recién nacidos, no habrían podido cometer, hasta el Diluvio Universal, el mundo entero ahogado, un tsunami definitivo que sólo respetaría a Noé y a su dudosa stirpe de no haber mediado Caín para poner punto y final a una historia que no merece ser contada en esa clave de sangre y castigo. *Caín* es un grito agónico, no dramático, tal vez trágico, un «no nos toméis más el pelo, ya somos mayores», porque el día que el último hombre muera también Dios morirá y todos los sistemas creados en torno a la vida eterna no serán más que partículas de la nada. Para escribir este libro dejó José Saramago de entrar de forma asidua en su blog y luego, contando sus días, empezó otra novela, tenía título, *Alabardas, Alabardas, espingardas, espingardas*, un verso de Gil Vicente, iba ya comenzada cuando la muerte vino a alterar todos los planes y a disgustar a los lectores. La muerte, esa cosa sí absoluta, ese vacío interminable que a todos nos

hiela y nos petrifica, da igual quién muera, si uno mismo, si el otro que se ama. O sea, que José Saramago no pudo contar la historia de los trabajadores de las fábricas de armas, aunque esboza la idea en este cuaderno, cuando lleguen a la página verán a qué me refiero.

Faltaban pocos días para que José Saramago muriera, ya no podía escribir pero dictó dos entradas en su blog. La penúltima la provocó el juez Garzón saliendo de la Audiencia Nacional, expulsado por sus pares, abrazado por algunos compañeros, aplaudido por funcionarios y amigos. Entonces Saramago lloró con Garzón, sintió rabia e impotencia porque estaba vivo y dictó porque sus manos temblaban sobre el teclado. La última entrada en su blog son dos palabras. Era mediodía, también estaba viendo un informativo en televisión y así, por ese medio, supo que un compañero suyo, un escritor sueco, se había sumado a una flotilla que pretendía romper un cerco terrible contra Palestina. Y Saramago, que de cercos sabía mucho, dijo sólo «Obrigado, Mankell», «Gracias, Mankell», y en estas dos palabras resumió todo, la admiración, la solidaridad, el respeto, la impotencia, su vida de persona que no se resigna, la gratitud ante quien no desfallece. Y luego murió y ya no habrá nada más que contar, no habrá más cuadernos, esa mirada oblicua para ver el revés de las cosas, la frontal, sin bajar nunca la cabeza ante el poder, sí para besar, la ironía, la curiosidad, la sabiduría de quien no habiendo nacido para contar sigue contando, y con

El último cuaderno

qué actualidad ahora que ya no está y tanta falta nos sigue haciendo. Bendito sea José Saramago, autor de este último cuaderno, que fue capaz de escribirlo pensando en nosotros, sus lectores.

PILAR DEL RÍO

Marzo de 2009

Día 23

FUNES & FUNES

Hace años, bastantes ya, en un viaje que de Canadá nos llevó a Cuba, hicimos parada en Costa Rica y El Salvador. De esta última visita quiero hablar hoy. Como siempre sucede cuando voy viajando por ahí, di algunas entrevistas, la más importante de ellas a Mauricio Funes, ahora presidente electo de El Salvador. No lo conocía de antes. Tuve la grata sorpresa de encontrar, no a un periodista más o menos al servicio del poder, encargado de convencer al recién llegado escritor de las virtudes de un régimen basado en la más feroz represión, responsable directo, desde el gobierno a las fuerzas militares, de los abusos, arbitrariedades y crímenes cometidos por el Estado y por las poderosas familias de terratenientes, señores absolutos de la economía del país, sino a un interlocutor culto e informado de todo

cuanto había sido el largo martirio sufrido por el pueblo, y también la problemática posibilidad de un cambio que todavía no parecía vislumbrarse en el horizonte social y político de la sociedad salvadoreña. No volvimos a vernos, aunque Pilar ha mantenido, desde entonces, y en momentos personales y políticos muy duros para ellos, una correspondencia frecuente con Vanda Pignato, la esposa de Mauricio, que, a partir de ahora, seguramente se intensificará.

El otro Funes que aparece en el título es el de Borges, aquel hombre dotado de una memoria que lo absorbía todo, todo lo registraba, hechos, imágenes, lecturas, sensaciones, la luz de un amanecer, una onda de agua en la superficie de un lago. No le pido tanto al presidente electo de El Salvador, sólo que no olvide ninguna de las palabras que pronunció la noche de su triunfo ante los miles de hombres y mujeres que habían visto nacer finalmente la esperanza. No los desilusione, señor presidente, la historia política de América del Sur transpira decepciones y frustraciones de pueblos enteros cansados de mentiras y engaños, es hora, es urgente cambiar todo esto. Para Daniel Ortega, ya basta con uno.

Día 24

¡QUE VIENE EL LOBO!

La historia, por lo general contada por el abuelo de la familia, era inevitable en las veladas pueblerinas,

no como simple divertimento para los inocentes infantes, sino como pieza fundamental de un buen sistema educativo, precursor, de alguna forma, del juramento con que los testigos se comprometen, o comprometían, a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. La duda que aquí expreso resulta simplemente del hecho de no ser asiduo de tribunales, mi curiosidad sobre las diversas manifestaciones de la naturaleza humana no me ha incitado nunca a meter la nariz en la vida ajena, incluso tratándose del mayor criminal del siglo. Maneras. Pues bien, lo que la historia del abuelo contaba era que un joven pastor de ovejas, tal vez para entretener sus solitarias horas en el campo, decidió un día gritar que venía el lobo, que venía el lobo, de tal modo que la gente de la aldea, armada de cayados, cachiporras y algún trabuco de la penúltima guerra, salió en tromba para defender las ovejas y, de camino, al zagal que las guardaba. Al final no había lobo, había huido con los gritos, dijo el mozo. No era verdad, pero, como mentira, parecía bastante convincente. Satisfecho con el resultado de la mistificación, nuestro pastor decidió repetir la gracia y, una vez más, la aldea acudió en masa. Nada, del lobo ni rastro. A la tercera vez, sin embargo, nadie movió un pie de su casa, estaba visto que el zagal mentía con cuantos dientes tenía en la boca, que grite, ya se cansará. El lobo se llevó las ovejas que quiso, mientras el mozo, encaramado en un árbol, contemplaba impotente el desastre. Aunque el tema de hoy no sea ése, viene al pelo recordar las veces que muchos de nosotros también gritamos

que viene el lobo. Fueron muchos más los que negaban que el lobo viniese, pero por fin vino y traía una palabra en el collar: crisis.

Vamos a ver qué pasa después de la reciente noticia de que son muchos, muchísimos, los portugueses que han decidido aprender español. Temo, no obstante, que los patrioterros de costumbre comiencen a gritar por ahí que viene el lobo. De acuerdo que algo viene, y es la necesidad de aproximación de los pueblos de la península, este de aquí y los otros de allá. La Historia, cuando quiere, empuja mucho.

Día 25

EL MAÑANA Y EL MILENIO

Hace unos días leí un artículo de Nicolas Ridoux, autor de *Menos es más. Introducción a la filosofía del decrecimiento*, y recordé que hace ya unos buenos años, en vísperas de la entrada del milenio en que ya estamos instalados, participé en unas jornadas en Oviedo donde a algunos escritores se nos solicitaba que trazáramos objetivos para el milenio. A mí siempre me pareció que hablar del milenio era demasiado ambicioso, así que propuse hablar del día siguiente. Me acuerdo que hice propuestas concretas y que una de ellas era la que ahora enuncia Ridoux en su *Menos es más*. Por eso he buscado en el disco duro del ordenador, y recupero parte de lo que escribí

hace años y que hoy parece tener más actualidad que entonces.

En cuanto a las visiones de futuro, creo que sería preferible que comenzáramos preocupándonos del día de mañana, cuando se supone que todavía estaremos casi todos vivos. Verdaderamente, si en el remoto año de 999, en cualquier lugar de Europa, los pocos sabios y los muchos teólogos que entonces existían se hubiesen puesto a tratar de adivinar cómo sería el mundo pasados mil años, me da que se habrían equivocado en todo. En algo pienso que más o menos acertarían: en que no habría diferencias fundamentales entre el confuso humano de hoy, que no sabe y no quiere preguntar hacia dónde lo llevan, y el amedrentado ser que, en aquellos días, creía que estaba próximo el fin del mundo. Por lo demás, seguramente será mucho mayor el número de diferencias entre las personas que hoy somos y las que nos sucederán, no de aquí a mil años, sino a cien. Dicho con otras palabras: tal vez tengamos más que ver con los que vivieron hace un milenio que con esos otros que de aquí a un siglo habitarán el planeta... Es ahora cuando el mundo se acaba, está en el ocaso lo que hace mil años apenas amanecía.

Pues bien, mientras se acaba y no se acaba el mundo, mientras se pone y no se pone el sol, ¿por qué no nos dedicamos a pensar un poco en el día de mañana, ese en que casi todos todavía estaremos felizmente vivos? En vez de unas cuantas propuestas gratuitas sobre y para uso del tercer milenio, que luego, probablemente, el tiempo se encargará de reducir a cisco, ¿por qué

no nos decidimos a poner en pie unas cuantas ideas simples y unos cuantos proyectos al alcance de cualquier comprensión? Éstos, por ejemplo, en caso de no encontrar nada mejor: a) desarrollar desde la retaguardia, es decir, aproximar hasta las primeras líneas de bienestar a las crecientes masas de personas que fueron dejadas atrás por los modelos de desarrollo en uso; b) suscitar un sentido nuevo de los deberes humanos, haciéndolo paralelo al ejercicio pleno de sus derechos; c) vivir como supervivientes, porque los bienes, las riquezas y los productos del planeta no son inagotables; d) resolver la contradicción entre la afirmación de que estamos cada vez más cerca unos de otros y la evidencia de que nos encontramos cada vez más alejados; e) reducir la diferencia, que aumenta cada día, entre los que saben mucho y los que saben poco.

Creo que de las respuestas que demos a cuestiones como éstas dependerá nuestro mañana y nuestro pasado mañana. Y dependerá el próximo siglo. Y el milenio todo.

A propósito: ¿y si volviéramos a la Filosofía?